

## II

Por este tiempo parece que Cicerón compuso un poema en alabanza de César, pues se excusa con Ático de no habérselo enviado. «¿Es posible, le dice, creas puedo yo escoger á nadie antes que á tí para confiarle mis cosas? Si no te he comunicado luego esta obra, ha sido porque no tenía más que una copia en limpio y ser necesario enviarla á la persona por quien la he hecho. Además (al fin no puedo dejar de confesarte lo que inútilmente quierò ocultar á mí mismo), me avergüenzo un poco de haber mudado de lenguaje con tanta facilidad; pero, amigo mío, todas aquellas bellas máximas, aquella rigidez de moral y aquella probidad austera, ya no vienen al caso. No puedes figurarte cuán poco hay que fiar de estos que hacen de cabeza de bando y que merecerían serlo si les quedara algún fondo de honradez. Yo, por desgracia, he experimentado demasiado su perfidia; me precipitaron en el peligro y me abandonaron después al furor de mis enemigos. A pesar de todo esto, me había vuelto á juntar á su partido, manteniéndome el mismo que fuí; pero por más que he hecho, no han mudado de conducta; y yo no lo reparaba hasta que tú me has abierto los ojos. Ya veo que me recordarás los buenos consejos que me has dado para mi conducta, y que me disuadías de la que he tenido; pero ¿qué quieres que te diga? Caí en la debilidad de meterme hasta los ojos en este partido, y de no romper á tiempo con aquellos que me tienen tanta envidia. Tal

vez no merezco sino compasión. En fin, como ya te he dicho, en mi obra nada exagero, y si César la aprueba, trataré este mismo asunto con más extensión, y lo haré gustosísimo por mortificar á mis émulos. Ya es demasiado sufrir; y pues no estiman mi amistad los que nada pueden, procuremos afianzar la de los que puedan mucho. Me dirás que era menester haberlo pensado antes. Es verdad, y lo habría hecho si hubiera seguido tus consejos; pero más vale tarde que nunca, y ya es tiempo de que trabaje para mí, pues que me han correspondido tan mal aquellos por quien me he sacrificado.»

En el curso de este mismo año envió Cicerón á Luceyo aquella famosa carta en que le insta á que escriba su historia. Luceyo era un escritor de raro mérito, que había compuesto la historia de la guerra itálica y de la de Mario, y tenía intención de continuarla hasta su tiempo, incluyendo en ella la del consulado de Cicerón. Este, que admiraba el estilo de Luceyo y su método, quería inducirle con aquella carta á escribir una historia particular y separada de su consulado y conjuración de Catilina, extendiéndola hasta su destierro y vuelta á Roma; porque, le dice, este corto intervalo tiene tal variedad de accidentes y sucesos de fortuna tan nuevos, que dan bastante motivo á un historiador para mostrar bien su habilidad; y cuando ésta se emplea en un asunto escogido y simple, puede brillar mucho más que en los difusos campos de una historia general; que si aquellos hechos no le pareciesen dignos de adorno de su pluma, concediese alguna cosa á la amistad, al afecto y aun al favor, y no se ciñese con todo rigor á las leyes de la historia y á la severa verdad: en fin, que si emprendía esta obra, él le suministraría los materiales, y, si no, tendría que hacer él mismo lo que otros habían practicado, que era escribir propia vida; no obstan-

te ser una empresa tan difícil de ejecutarse bien, porque era casi imposible dejar de pecar en la pasión ó en la adulación, diciendo bien de unos y mal de otros ó alabándose demasiado á sí mismo.

Esta carta se cita como prueba evidente de la vanidad de Cicerón y de su excesivo anhelo por las alabanzas. Pero júzguese como se quiera de las disposiciones morales de su autor en este asunto, la carta es tan bella por la elegancia del estilo, por la nobleza de los pensamientos y por el gusto en la elección de los ejemplos históricos que cita, que puede pasar por uno de los más preciosos modelos del género epistolar que nos han quedado de los antiguos.

Durante la agitación de las elecciones se retiró Cicerón á su quinta, donde estaba todavía á primeros de Mayo, tan aburrido con el público como consigo mismo. Ático le decía con frecuencia que su único recurso era unirse á los más fuertes; éstos le convidaban á ello con mil atenciones, pero él, en sus respuestas á Ático, reflexiona que su situación era muy diversa de la de aquel amigo. «Tú, le dice, no estás en el empeño que yo, y el yugo que llevas es el mismo que el común de los ciudadanos. Pero yo, cuando atribuyen á locura mi celo del bien público, á servidumbre vergonzosa la forzada condescendencia, y el silencio á que estoy oprimido y supeditado, ¿en qué amargura no debo vivir? Lo peor es no poderme quejar por no parecer ingrato. Pienso algunas veces en retirarme de todos los negocios y vivir quieto, pero ni esto me es posible; antes me veo obligado á sentar plaza en el campo enemigo y á hacerme subalterno, habiendo podido ser capitán. Lo haré así porque me lo aconsejas, y ojalá te hubiera creído siempre. Lo único que ahora me resta es seguir con empeño el partido que he tomado; pero te confieso me cuesta infinito y conozco tenía razón Filoxeno en pre-

ferir las cadenas y la prisión á vender la propia conciencia. En mi soledad repasó todas estas cosas, y cada vez me hallo más perplejo.»

Efectivamente, se ve en todas sus cartas la agitación en que se hallaba. La casa de campo que le servía entonces de retiro era la de Baya, situada en aquella deliciosa ribera adonde concurrían á divertirse todos los ricos y acomodados. Pompeyo, entre otros, llegó allí por el mes de Abril, y envió luego á participar su llegada á Cicerón y á saludarle. Pasaron algún tiempo juntos, y Pompeyo mostró no estar satisfecho de los negocios públicos; pero Cicerón creyó que no le hablaba con sinceridad en esto. En lo demás de su trato, quedó muy satisfecho de él.

No obstante las visitas, Cicerón hallaba siempre tiempo para sus estudios, teniendo allí proporción de disfrutar de la librería de Fausto, hijo de Sila y yerno de Pompeyo, que contenía as mejores obras de Grecia y particularmente de Atenas, de donde hizo transportar Sila muchos millares de libros. Tenía consigo á Dionisio, esclavo que fué de Ático y que, ya libre, educaba á los dos Cicerones, hijo y sobrino. Con esta compañía y sus libros lograba cuanto había menester, y la lectura era su único divertimento. «Más quisiera, escribía á Ático, estar sentado en aquel banquillo tuyo que tienes debajo del retrato de Aristóteles, que en la silla curul de estos grandes, y pasear contigo por tu jardín que con quien veo no ser posible dejar de pasearme.»

De esta carta se deduce que Cicerón no se fiaba mucho de Pompeyo, y por otra parte se descubre que tampoco éste contaba gran cosa con él; y así, es claro que las expresiones de amistad y de cortesía recíprocas eran pura ceremonia dictada por la política. En la misma carta habla Cicerón de la voz esparcida en Puzolo

de que Tolomeo estaba ya restablecido en el trono de Egipto, y pregunta á Ático qué se sabía de esto en Roma. La noticia era cierta. Ansioso Gabinio de meter mano en las riquezas de Egipto, y á instancia del mismo Pompeyo, había emprendido servir al rey con el ejército de Siria, sin atender á los decretos del Senado y á los vaticinios de la Sibila, y á fuerza de armas había puesto á Tolomeo en el trono, cosa que irritó contra Gabinio al pueblo romano.

L. Calpurnio Pisón, el cónsul que, en unión con Gabinio, había perseguido á Cicerón, llegó á Roma cargado con el oprobio de una provincia de donde ningún gobernador consular había vuelto sino para el triunfo. Durante su gobierno oprimió los pueblos, robó cuanto pudo á los aliados y perdió las mejores tropas en guerra contra los bárbaros confinantes. En una sedición se vió obligado á huir vestido de esclavo, y para vengarse de sus soldados les retuvo las pagas y los despidió. Llegado á la puerta Exquilina, quitó los laureles que traía en las fascas, y entró secretamente en Roma acompañado de sólo sus criados, y se fué á esconder vergonzosamente en su casa. Con todo eso, la fortuna de tener por yerno á César le daba tal osadía y esperanzas, que la primera vez que se dejó ver en público atacó á Cicerón, quejándose amargamente de él en el Senado; pero queriéndole echar en cara su destierro, todos le saltaron con mil improperios á la suya. Intentaba probar que no había sido la envidia de los hechos de Cicerón lo que causó su destierro, sino su vanidad, pues aquel verso

*Cédant arma togæ, concedant laurea lingue.*

había irritado á Pompeyo de tal manera, que quiso hacerle conocer la distancia que mediaba entre el poder de un general y el de un orador, y también le acriminó

el no haber acometido jamás sino á los débiles, guardándose bien de medir sus armas con los fuertes y poderosos.

No es del caso examinar ahora si tenía ó no razón; lo cierto es que le hubiera traído mucha cuenta haber callado, porque picándose Cicerón vivamente del insulto imprevisto, le respondió en los siguientes términos, con tanto calor y fuerza, que hizo para siempre odiosas y despreciables la conducta y costumbres de Pisón.